

«Por la puerta de la Colecturía, que servía para las señoras, que estaba á cargo del Sr. D. Angel Lascrain que se abrió á las siete y media, entraron en agitada corriente, las más distinguidas de nuestras damas, vestidas de negro, en elegante traje de Iglesia.

«Algún tiempo después se abrió la puerta destinada á la entrada de los señores y éstos se precipitaron como un torrente, determinando por algunos minutos el desorden: el entusiasmo y la ansiedad creemos que pueden servir de disculpa á esta involuntaria falta de reverencia.

«Los instantes volaban, y la secuela de las ceremonias tenía que seguir.

«Una Comisión compuesta de los Sres. Dres. D. Luis Orozco y D. Aristeo Aguilar, recibía en el interior del templo á los señores Obispos, que al llamado del Maestro de Ceremonias, entraron procesionalmente, vestidos de roquete, amito, capa pluvial blanca, Mitra y báculo, y fueron á ocupar sus respectivos asientos, en cada uno de los cuales estaba una tarjeta con su nombre, y al pie un cojín de terciopelo carmesí.

«Las capas eran todas iguales, bordadas de oro y teniendo en la parte de atrás el monograma de María. Las mitras eran preciosas y los báculos de un trabajo exquisito.

«El primer Obispo que se vió aparecer en el templo, fué el Illmo. Sr. Luque.

«Con el continente majestuoso, el porte grave, la marcha reposada y revestidos con las significativas insignias de su encumbrada dignidad, fueron desfilando treinta y ocho Prelados nacionales y extranjeros, al pie del Altar en el que se eleva la Madre tierna de los mexicanos, Santa María de Guadalupe.

«Acababan de dar las ocho y media cuando se presentó en el Presbiterio el Illmo. Sr. Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de México y Delegado de la Santa Sede para coronar nuestra venerada imágen, revestido de Capa Magna encarnada y rodeado de su séquito que debía servirle en esta solemnidad, y estaba formado por las personas siguientes: (1)

«Díacono de la Misa.—Sr. Lic. D. José M. García Alvarez, Arcediano de la Catedral de México.

Subdíacono de la Misa.—Sr. Canónigo de la misma Catedral, Dr. D. Ambrosio Lara.

Diaconos de honor.—Sres. Canónigos D. Manuel M. Herrera y D. Vicente Estrada.

«Presbítero Asistente.—Sr. Prebendado D. Gerardo Herrera.

«Primer Maestro de Ceremonias.—Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes.

«Segundo Maestro de Ceremonias.—Sr. Dr. D. Leopoldo Ruíz.

«Porta-Mitra.—Sr. Dr. D. Francisco Orozco.

«Porta-báculo.—Sr. Pbro. D. Rafael Calderón.

«Clérigo del libro.—Sr. Dr. D. Juan Herrera.

Clérigo de la Vela.—Sr. Dr. D. José M. Bustamante.

Clérigos de honor.—Sr. Cura D. Miguel de los Santos Contreras y Sr. Pbro. D. Miguel Plancarte.

(1) El Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes, Primer Maestro de Ceremonias, tuvo la amabilidad de poner en mis manos con la licencia respectiva, la Memoria inédita, que por encargo de la Sagrada Mitra escribió, sobre esta notable ceremonia, y de ese interesante documento he tomado éste y otros datos.

Turiferario.—Sr. Dr. D. Felipe Pineda.

Acólitos.—Sres. Pbro. D. Juan García y D. Vicente Aceves.

Crucífero.—Sr. Pbro. D. Cruz Aguilar.

Familiares nobles.—Sres. D. Rafael Angel de la Peña y D. Luis A. Aguilar.

Después de una breve oración, el Ilustrísimo señor Arzobispo de México subió al Trono, y entonó la *Nona*, que fué la del día y desempeñada por el Coro de la Colegiata; y mientras se cantaba, el Ilustrísimo señor Oficiante rezó la preparación para la Misa y se revistió de los Ornamentos Pontificales para concluir esta Hora Canónica y bendecir las coronas.

Pero antes de comenzar la *Nona* se cerraron las puertas del templo, que estaban llenas de gente, que ejercía su presión sobre los muros, como un líquido sobre las paredes del vaso que lo contiene; y fué tal esta presión, que la barandilla de madera que dividía el templo, fué hecha astillas, quedando mezclada la concurrencia.

Terminada la *Nona*, se llevaron al Altar, procesionalmente las coronas.

Presidía la procesión el Ilustrísimo señor Abad, vestido de sobrepelliz; llevando á su izquierda á uno de los Comisionados; el que tenía á su cargo la puerta de honor, que quedó definitivamente cerrada.

En seguida la Corona de gala, sobre andas de terciopelo carmesí con varillas de oro, llevada por las Sras. siguientes que hicieron la donación: Doña Susana Pesado V. de Teresa; Doña Esther Pesado V. de Villaurrutia; Doña Manuela Cortazar V. de Cervantes; Doña Guadalupe Gourges de Aceves; Doña Luisa G. V. de Velázquez; Doña Guadalupe Escandón de Escandón; Doña Isabel Lozano V. de Betti; Doña Dolores Barrón de Rincón Gallardo; Doña María Barrón de Escudero; Doña Loreto Casanova de Linares; y Sritas. Doña Carmen Pesado y Doña Guadalupe Peña.

Y detrás de ésta, la Corona de plata que ha de estar constantemente colocada sobre la imágen, en andas iguales, llevada por las Sritas. donantes: María de la Luz Díaz, María Escandón, Dolores Elguero, Concepción Roa, Angela Lascrain, Guadalupe Rincón Gallardo, Guadalupe Caballero, Sara Vivanco, Concepción Escudero, Paz Fernández del Castillo, Matilde Cervantes y Eufemia Janes Patralló.

Al llegar á la escalinata del Presbiterio, del lado del Evangelio tomaron la primera Corona los Sres. Clérigos de honor, Pbro. Contreras y Plancarte y la segunda los Pbro. García y Aceves, Acólitos, y las colocaron ante las gradas del Trono para que las bendijera el Ilustrísimo señor Arzobispo, quien las recibió de manos del Ilustrísimo señor Abad, á nombre de las señoras y señoritas donantes, que las entregaron en virtud de Escritura Pública de que dieron F los Notarios Públicos Sres. D. Manuel Monterrubio y Poza y D. Juan M. Villela, que se hallaban colocados al pié de la pilastra que está contigua al ambón de la Epístola.

En seguida el señor Arzobispo, puesto en pié rezó la oración siguiente:

Bajo tu amparo nos acojemos, Santa Madre de Dios, no desprecies las oraciones que te hacemos en nuestras necesidades; antes bien libranos de todos los peligros, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!

Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.

Que hizo el Cielo y la Tierra.

El Señor sea con vosotros

Como fácilmente se comprende, no toda la gente que fué á la Villa pudo entrar al templo; y la plaza, las calles, las calzadas, el cerro, las subidas, las azoteas y balcones, todo, todo, todo, estaba lleno de gente, cuyo número, según cálculo que merece fe, y hecho con datos rigurosamente admisibles, pasaba de diez mil personas. (1)

Todos estaban pendientes de alguna señal que les indicase el momento de la Coronación y esta señal creyeron verla en el repique.

En ese instante, como movidos por un resorte, todas las cabezas se descubrieron, el silencio más profundo reinó en todas partes; y los transeuntes en las calles, los cocheros en sus pescantes ó en sus plataformas; los comerciantes en la puerta de sus tiendas ó de sus comercios ambulantes, todos sin excepción, callaron de rodillas y en un grito fervoroso y entusiasta, inspirado por el amor de María, se escuchó esta sencilla plegaria tantas veces repetida en estos renglones: Salve, Augusta Reina de los Mexicanos

En aquellos momentos, en que millares de millares de rodillas tocaban el suelo; de ojos que estaban humedecidos por las lágrimas; de labios que formulaban fervientes oraciones, la inmensa extensión que ese inmenso gentío ocupaba estaba convertida en un templo.

Este homenaje, Madre mía, tan puro, tan sincero, tan entusiasta, tan espontáneo, tan general, tal vez te desagrávió de las ofensas, que periódicamente y en los días mismos en que se celebran tus glorias y se recuerdan tus beneficios, te lanzan con sacrilega mano los vicios!.....

Cuando al final de la procesión, llegaron al Altar los Sacerdotes que llevaban las coronas, el primer Maestro de Ceremonias tomó la corona de oro y la puso en el Altar, mientras el Ilustrísimo señor Arzobispo entonó el «Regina Cœli» que ejecutó el Orfeón con la música á cuatro voces, de Lotti.

Entretanto, el primer Maestro de Ceremonias, ayudado del Sr. Cura D. Miguel Contreras y del Sr. Pbro. D. Joaquín Torres, subió la Corona hasta a plataforma, depositándola á los pies de la Sagrada Imágen y pasando en seguida al Trono para conducir al Ilustrísimo señor Arzobispo de México, al sitio que le correspondía ocupar para hacer la Coronación.

Como este acto iba á efectuarlo el Ilustrísimo señor Arzobispo á nombre, en representación y por delegación del Santo Padre, se creyó conveniente que el Episcopado Mexicano tuviera participación en él; y con este motivo se dispuso que el Illmo. Sr. Arzobispo de Michoacán, Dr. D. Ignacio Arciga, que era el único que estaba presente de los tres que pidieron á la Santa Sede la gracia de la Coronación, ayudara á colocar la Corona; y en virtud de esto, el segundo Maestro de Ceremonias, Dr. D. Leopoldo Ruíz hizo la invitación respectiva á dicho Ilustre Prelado.

El momento solemne se acercaba. Los dos Ilustres Arzobispos se despojaron de la Capa quedando sólo con el alba Con paso lento se acercaron á la plataforma la palidez les cubría el semblante sus manos temblaban sus corazones latían y la emoción los dominaba por completo

Si en un aeróstato se hubiesen elevado hasta los límites de la atmósfera,

(1) Creemos que ó se trata de un error de imprenta ó el cálculo es sumamente bajo, pues sólo el número de los forasteros que transportaron las líneas férreas se calculó en más de ese número.

no se habrían visto rodeados de un silencio tan grande, tan completo, tan imponente, tan significativo, tan conmovedor; y sin embargo, se extendían á sus pies millares de corazones que sentían, de cerebros que pensaban, de ojos que estaban pendientes del menor de sus movimientos.

Tomando el Illmo. Sr. Alarcón el lado del Evangelio y el Illmo. Sr. Arciga el de la Epístola, desaparecieron tras del Altar.....

¡Oh Pastores venturosos! os dejará la emoción subir esas gradas que os separan de nuestra Imágen tan querida? ó rompiéndose el corazón os llevará vuestro ángel á los pies del original del que tal vez estáis más cerca?

Cuántas horas pasaron desde que tan respetables figuras desaparecieron tras del Altar?

Que respondan por nosotros los millares de corazones que la ansiedad despedazaba.

Por fin aparecieron simultáneamente en la plataforma los dos Arzobispos; y nuestro querido Metropolitano, quién sabe si por desahogar un sentimiento que en su corazón se desbordaba; quién sabe si por desempeñar cerca de la Madre un deber que le imponían esas excepcionales circunstancias respecto de sus hijos; quién sabe si cautivado por ese conjunto de belleza, de amor y de gracia que tenía delante; quién sabe si por obediencia á una inspiración secreta, sobrenatural y divina, ¡oh dicha suprema! besó con efusión el apacible rostro de María.

Ese beso fué el arranque más expresivo de la piedad filial; ese beso fué el testimonio más irrecusable del amor; ese beso fué la manifestación más elocuente de la creencia; ese beso fué como el lazo de unión con que á la Protección de su Santísima Madre ligaba á sus dóciles ovejas.

Pero ese beso, Pastor Ilustre, no es sólo vuestro; es de todos nosotros: es la expresión de nuestros propios sentimientos; la manifestación de nuestra ternura; el homenaje de nuestra adoración; la aspiración común de todas nuestras almas.

Por eso deslumbró como el relámpago tantos millares de ojos que comenzaban á humedecerse; por eso encendió nuestros espíritus, como la chispa eléctrica al encontrar establecido el circuito; por eso conmovió todos los corazones, que ya no cabían dentro del pecho, y que se hacían pedazos al impulso de un mismo sentimiento.....

El momento solemne llegó al fin..... los Ilustrísimos señores Arzobispos se inclinan..... al levantarse, la corona se ve sostenida por sus manos..... la elevan á la altura de la Augusta cabeza..... la suspenden del gancho de oro colocado *ad hoc* entre las manos del ángel que se halla sobre el cuadro, y bajo el peso de una emoción que no tiene nombre, caen de rodillas á sus plantas.....»

Hasta aquí la crónica citada; ahora continuamos nosotros:

También por concesión Pontificia y con fecha 30 de Abril de 1896 erigió la Universidad Mexicana que tan ópimos frutos está dando.

A principios del mismo año convocó, y después presidió y llevó al más feliz término el V. Concilio Mexicano; trabajo que sin mucha demora de tiempo mereció la aprobación de la Santa Sede, y al que posteriormente se le dió la debida publicidad. En este Concilio se discutieron y aprobaron ochocientos seis decretos de la mayor importancia para la Iglesia y la curia eclesiástica. La apertura tuvo lugar el 23 de Agosto y su clausura el 10 de Noviembre del mismo año.

Y con tu espíritu.

Oremos. — Omnipotente y sempiterno Dios por cuya clementísima dispensación todas las cosas han sido hechas de la nada, rogamos instantemente á su magestad que se digne bendecir † y santificar † esta Corona destinada al ornato de la Sagrada Imágen de la Madre de tu Hijo. Por el mismo Jesucristo Nuestro, que contigo vive y reina en unión del Espíritu Santo, Dios por todos los Siglos de los Siglos. Así sea.

En seguida la roció con agua bendita y la incensó dos veces.

Acto continuo se colocó un Misal abierto en el faldistorio que estaba frente al Altar; y puesto de rodillas ante él el V. Cabildo de la Colegiata, el Illmo. Sr. Abad, D. Antonio Plancarte y Labastida, con voz firme, como la que expresa una convicción y conmovida, como la que traduce un sentimiento, pronunció en latin el juramento siguiente, en medio de un silencio respetuoso.

«Nosotros el Abad, Canónigos y Prebendados que actualmente componemos el Capítulo de esta Insigne Colegiata, reconocidos á la bondad con que la piadosísima Virgen nos ha distinguido, al permitir que viésemos este hermosísimo día, prometemos y confirmamos nuestra promesa, con la religión del juramento, que en lo de adelante nada atentaremos de palabra, ni por escrito, ni de hecho en contra de la Aparición de la Bienaventurada Virgen en la Colina del Tepeyac; y que con todas nuestras fuerzas procuraremos conservar esta misma corona sobre las sienes de la misma Venerable Imágen.

Para concluir el juramento, el Ilustrísimo señor Abad y sucesivamente los señores Capitulares, poniendo la mano derecha sobre el Misal dijeron: «*Sic me Deus adiuvet, et hoc Sancta Dei Evangelia.*» «Así me ayude Dios y estos santos Evangelios.»

Después de esto, el Sr. Lic. D. Manuel Monterrubio y Poza dió lectura en latin al Acta que acababan de levantar, y el Sr. Lic. D. Juan M. Villela, hizo la misma lectura en castellano.

Siguiendo el orden establecido en el ceremonial, en este momento debió hacerse la procesión; pero se juzgó prudente aplazarla para después de la Misa, por las dificultades que presentaba el paso entre aquella masa compacta que llenaba el templo, por lo que las coronas fueron puestas en dos mesas colocadas á los lados del Altar Mayor, debajo del baldaquino.

Comenzó la Misa, que fué votiva solemne de la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe, cuya parte musical fué desempeñada por el Orfeón Queretano, que ejecutó magistralmente la Misa de Palestrina titulada «*Ecce ego Joannes*» á seis voces.

En el Ofertorio se cantaron los siguientes dísticos de S. S. León XIII, puestos en música por el Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez, Director del Orfeón:

Mexicus hic populus mira sub imagine gaudet
Te colore alma parens presidioque frui
Per te sic vigeat felix, teque auspice Christi
Immotan servet firmior usque finem.

LEO P. P. XIII.

Imagini Augustæ Mariæ Nostræ Guadalupensis in México subscribendum. — Romæ ex ædibus Vatican. die XXVI Feb. an. MDCCCXCV.
México, 9 de Octubre de 1895. — *Ziur.*

Cuya traducción, hecha por el Ilustrísimo señor Obispo de Querétaro, dice así:

En admirable Imágen,
¡Oh Santa Madre Nuestra!
El Pueblo Mexicano
Gozoso te venera.
Y tu gran patrocinio
Con gozo y gratitud experimenta.
Feliz y floreciente
Por tí así permanezca;
Y mediante el auxilio
Que benigna le prestas,
La Fe de Jesucristo
Fija conserve con tenaz firmeza.

Concluida la Misa y restablecido el orden en el templo, se dispuso la procesión en el orden siguiente:

Cruz alta, Ciriales, Pértigo y niños del Coro de la Colegiata.

Señores Sacerdotes de esta Metrópoli y del Clero de todas las Diócesis de la República.

Señores Capitulares de los Cabildos de la Catedral y Colegiata.

Las coronas llevadas por los Sacerdotes que antes las subieron al Presbiterio.

Los Comisionados para el orden del templo.

Los Obispos en el orden de su antigüedad.

Seguían los señores Obispos extranjeros y cerraba la procesión el Illmo Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Próspero M. Alarcón, quien entonó el Himno «O gloriosa Virginum,» que continuó el Coro.

La procesión recorrió la nave central; pasó en seguida á la del Evangelio y salió por la puerta del lado Poniente, al atrio que estaba lleno de señoras y caballeros, que no pudieron entrar al templo y que formaban valla de uno y otro lado

Como las rejas del atrio se habían cubierto con madera, para evitar la infracción de las leyes de Reforma, que ocasionaría el hecho de que desde la calle se pudiera ver la procesión, la gente que estaba afuera, mostraba por señales visibles, su ansiedad: las mujeres aplicaban el ojo á las junturas de las maderas; los hombres, subiendo por las varillas de la reja, coronaban la parte superior.

Recorrió todo el atrio y entrando por la misma puerta se dirigió al Presbiterio.

Cuando comenzó la procesión, un repique á vuelo, en el que las campanas, palpitando de alegría, parecían conmovidas á la acción enérgica que de tantos corazones brotaba, y comunicaban una dulce armonía á sus entusiastas vibraciones, contribuyó á la solemnidad de este acto, en el que la aurea diadema, que unos instantes después iba á santificarse con un contacto divino, iba á ser el objeto de todas las miradas, y á recibir, para colocarlas entre sus joyas, las plegarias, los afectos, los votos y el amor de todo un pueblo.

En estos instantes tuvo lugar una escena tierna, grandiosa, sublime, entusiasta, conmovedora y en alto grado significativa que no es dado á la pluma describir.